

LA CAMPAÑA ELECTORAL

EXHORTACION PASTORAL CON MOTIVO DEL INICIO DE LA CAMPAÑA ELECTORAL

Mons. Baltazar Porras - Arzobispo de Mérida

1. LA SITUACIÓN QUE VIVIMOS

Se está iniciando en todo el país el período de campaña electoral para elegir gobernadores, alcaldes y concejales para el próximo trienio. El momento es particularmente importante y significativo para una reflexión, ya que la preocupación social de la Iglesia, orientada al desarrollo auténtico del hombre y de la sociedad, que respete y promueva en toda su dimensión la persona humana, se ha expresado siempre de modo muy diverso (Sollicitudo Rei Socialis, 1).

Por una parte, las elecciones regionales y locales tienen su especificidad propia, y, por otra, el estado de desilusión reinante pone en tela de juicio la legitimidad del poder. A pesar de que hay claros indicios de una conciencia más madura en la ciudadanía con respecto al ejercicio de sus deberes políticos, por otra, existe una inhibición y una falta de participación efectiva que es preocupante. La experiencia de regionalización del poder a través de las elecciones de gobernadores y alcaldes está apenas en sus inicios. Aunque era una reforma deseada por toda la colectividad, tiene entre sus defectos el de ser incompleta y el de no haberse implementado a través de un sistema de participación popular. Estas dos razones pudieron influir en la alta abstención registrada hace tres años. El deterioro de los poderes nacionales, la falta evidente de voluntad política para llevar a cabo las reformas necesarias, y la descomposición económica y social reinante, caracterizan el proceso que ahora se inicia, como atípico.

2. ALGUNAS CONSIDERACIONES FUNDAMENTALES

El Estado democrático se legitima por la capacidad de cambiar la fuerza por el derecho, y el derecho por la justicia, en las relaciones entre los hombres y los pueblos. Si esta dinámica no se logra, se pervierte la función del Estado. Existe un desencanto por la falta de adecuación entre los fines perseguidos y los objetivos alcanzados. Ello se expresa en un desencanto político y social, y en un desencanto ético. Pareciera que se quisiera implantar un sistema sin normas ni reglas de juego. Vale lo que sirve a los intereses del momento según las circunstancias cambiantes de cada día. Y ése es el camino de la anarquía, de la anomía y de la falta de futuro cierto y previsible. La política no se puede seguir concibiendo como un pacto con el diablo firmado a espaldas de toda moral, en función de los intereses inmediatos de cada grupo o fracción política.

Por ello, en repetidas ocasiones el Episcopado Venezolano ha señalado que el primero de nuestros males y la raíz de la crisis que atravesamos es de orden moral. Se ha entronizado el desorden como forma de vida para facilitar la corrupción, el dominio de todas las teclas del poder y el manejo de todos los bienes. No es un simple enunciado sin contenido. El desencanto de la población pasa por la inoperancia de la clase política que parece ajena a los males que nos aquejan.

Llama poderosamente la atención observar que la crisis que atraviesa el país no tiene sujeto reconocible. Los altos dirigentes de los partidos políticos hablan de la crisis política en tercera persona como si ellos no fueran parte protagónica y responsable de los males que nos aquejan. Los otros actores de la vida

nacional son, somos, responsables en la medida en que plegamos nuestros valores e intereses a la política del momento.

Si bien el problema nacional tiene magnitudes que abarcan todos los estamentos de la organización social, no es menos cierto que el verdadero poder está en las bases. Es el principio fundamental de la democracia. Es el pueblo su sujeto primero e inmediato. Si esto es cierto, los niveles primarios de la organización sociopolítica, como son los concejos municipales y las gobernaciones, deben ser reconstruidos en función de la participación popular. Ello a la larga los hará más fuertes y vigorosos, más desprendidos de las cúpulas que se mueven según otros intereses, y ayudarán considerablemente a hacer más efectiva la labor del poder central. La corrupción y el compadrazgo se mitigan o desaparecen en la medida en que se devuelve a sus actores naturales la responsabilidad de la gestión local.

Es urgente reconstruir la capacidad de diálogo de los distintos actores del poder civil. Esto va más allá del simple derecho a voto. Es el reconocimiento previo de la necesidad de tomar en cuenta los intereses de todos en función de la globalidad. La multiplicación indiscriminada de huelgas y manifestaciones en la que cada quien lucha por lo suyo de manera anárquica y desesperada es prueba de ello. Y da pie al surgimiento de la violencia y el terrorismo porque cada quien se siente con derecho a tomarse la justicia por su propia mano. El principio de universalización que consiste, a nivel moral, en el intento de situarse en el lugar ajeno a la hora de defender intereses y tomar decisiones es el verdadero motor del progreso.

La campaña electoral puede ser un elemento desestabilizador del diálogo ciudadano si, como es costumbre, lo que hacen sus protagonistas es usar indiscriminadamente la mentira, el odio, la calumnia, con tal de destruir al contrario y conseguir adeptos para sí. O si las campañas giran de manera primordial en señalar los defectos de los otros, y simplemente ofrecer que somos distintos. No haríamos en estos meses sino estar provocando escándalos ante la ya insensible y cansada piel de quienes pensamos que en el país existen otras realidades y otras bondades. No todo se reduce a la dimensión de lo político electorero. Hay que seguir trabajando, conviviendo, pensando en el futuro, desarrollando los roles de las muchas facetas del quehacer social.

3. ALGUNAS RECOMENDACIONES

De lo primero que deben ocuparse los candidatos y sus agrupaciones políticas es de tratar de devolver la ilusión y la legitimidad al ejercicio del poder político. Y nada mejor que la inmediatez del poder local. Hay que facilitar la participación activa a la comunidad, al pueblo para que se sienta actor y no simple legitimador de una situación que le es ajena. La forma de nominación de la mayoría de los candidatos no transcurrió por los canales deseados sino por una especie de embudo que convierte la democracia en juego de élites. No debemos olvidar aquella clásica definición según la cual el método democrático es aquel sistema institucional de gestación de las decisiones políticas que realiza el bien común, dejando al pueblo decidir por sí mismo las cuestiones en litigio mediante la elección de los individuos que han de congregarse para

llevar a cabo su voluntad. ¿Qué están dispuestos a ofrecer y hacer en este campo?

El desarrollo de la campaña electoral debe transitar por caminos nuevos. No puede ser, sin más, la reproducción a menor escala de las trasnochadas y cansonas publicidades que nos venden candidatos como quien ofrece un jabón o una camisa. Hay que afianzar el sentido del poder local y su definición ante el poder central. La publicidad indiscriminada y apabullante es un abuso insoportable.

En un Estado como el de Mérida, sin grandes recursos autónomos que nos permitan tener un peso específico ante los organismos nacionales, hay que definir mejor los pasos necesarios para un manejo propio, regional de nuestros problemas y prioridades. El caso de la carretera Mérida Panamericana y del Teleférico son patéticos. Pero la situación es más dramática, en la medida en que se desciende en la escala del poder local. ¿Qué significa ser alcalde o concejal, en cualquiera de nuestras circunscripciones, si manejan unos recursos ridículos que a duras penas sirven para alguna obra de buena voluntad? Su éxito está en función de su capacidad de genuflexión ante las esferas superiores del poder.

Otro aspecto que nos parece urgente recordar es que vivimos un duro momento, y que la pobreza campea por doquier. Es mucho el desempleo y el hambre, la falta de servicios básicos indispensables y de la seguridad personal. El derroche de recursos económicos en la promoción de una determinada candidatura se convierte en una bofetada insultante al hambre de nuestra gente.

No prostituyan más a nuestra población repartiendo en cada visita del candidato pan y circo, miche y conjuntos musicales, para que la gente ahogue sus penas en un rato de fiesta insulsa y sin sentido, y negocie bajo los efectos del licor su adhesión a una determinada causa.

4. ALGUNOS VALORES CRISTIANOS NECESARIOS PARA LA CONSOLIDACIÓN DE NUESTRA FRÁGIL DEMOCRACIA

La fe cristiana nos recuerda que **el hombre es el camino de la Iglesia** (Centesimus Annus, 53). Todo creyente tiene la responsabilidad de intentar plasmar en los hombres que lo rodean y en las estructuras dentro de la cual se desenvuelve su vida, el proyecto de salvación y liberación integral de Dios sobre la humanidad. **Hoy más que nunca, la Iglesia es consciente de que su mensaje social se hará creíble por el testimonio de las obras** (Ibid. 57). Por eso, el insistente llamado que como Obispo de la Iglesia hago a todos los creyentes para que pongan lo mejor de sí en la construcción de la ciudad humana desde las exigencias de la fe que nos encamina hacia la ciudad de Dios.

El valor o la categoría cristiana de la Memoria: El cristianismo nos inculca que la fe se realiza dentro de la historia de la salvación, que se realiza en el devenir de la historia de un pueblo. Por ello, la referencia constante a los momentos de gracia y de pecado del pueblo escogido. Un cristiano debe mantener viva la memoria del pasado. Sólo así avanzará desde las lecciones positivas y negativas del pasado. Los venezolanos tenemos poco sentido del pasado y pareciera que olvidamos los errores y caemos con frecuencia nuevamente en ellos, y no reconocemos los logros, creyendo que con cada nuevo gobernante va a comenzar la historia. El progreso de la democracia peligra cuando se pierde, o se selecciona la memoria histórica. Añorar dictaduras aterra, pero éstas han surgido de lamentables fallos en la conducción de la cosa pública.

La categoría o el valor cristiano del sentido: La memoria del pasado tiene la fuerza de conducirnos a la conversión, al cambio y a la consolidación de lo auténticamente positivo. Este

sentido sólo se encuentra en los valores permanentes del mensaje de Dios, de su palabra, de su Evangelio. Cuando la democracia se vuelve pragmática, se debilita, porque su único norte es el de la permanencia en el poder y en el disfrute de los privilegios adquiridos. En nuestra Venezuela de hoy hay que recuperar o reencontrar valores tan sencillos como la veracidad, la honestidad, el trabajo y el sacrificio. Y lo que se nos vende como leyes inmutables de la economía que nos han sumido en el subdesarrollo y han aumentado la pobreza, requieren imaginación creativa y salidas alternas. La democracia política sólo es posible si existe una democracia más justa, igualitaria y fraterna en lo social y en lo económico.

El hombre, centro y sujeto de todo quehacer político: Pablo VI afirmaba con razón que la Iglesia es experta en humanidad. Nuestra condición de cristianos nos debe hacer particularmente sensibles a los rostros humanos concretos: rostros de niños desnutridos, rostros de hombres y mujeres sin trabajo, rostros de ciudadanos aterrados por la violencia y la inseguridad, rostros de seres insensibles ante el mal ajeno. Nuestra sociedad ha perdido la sensibilidad por lo concreto. Todo se mide en parámetros macroeconómicos y en megaproyectos. El individuo concreto es más objeto y dato que fin en sí mismo. La dignidad, igualdad y fraternidad encierran una profunda carga de exigencias cristianas. **El amor por el hombre y, en primer lugar, por el pobre, en el que la Iglesia ve a Cristo, se concreta en la promoción de la justicia.** Esta no podrá realizarse plenamente si los hombres no reconocen en el necesitado, que pide ayuda para su vida, no a alguien inoportuno o como si fuera una carga, sino la ocasión de un bien en sí, la posibilidad de una riqueza mayor (Centesimus Annus, 58). Por ello, los programas sociales no son competencia exclusiva del Estado. También tienen algo que decir y aportar los otros actores sociales. Y urge un replanteamiento de los criterios poco humanizantes y nada educativos que guían a algunos de los necesarios programas de ayuda a los pobres.

La categoría cristiana de la resistencia ética: La sociedad venezolana tiende a reaccionar sólo cuando siente lesionados sus intereses inmediatos. Así, la sociedad política pretende controlar la libertad de expresión o el derecho a la huelga porque siente que toca sus intereses. Los empresarios, si se tocan sus intereses económicos. Los gremios, si no se atiende a sus reivindicaciones. Pero nadie reacciona, o lo hace muy débilmente, ante los intereses de la familia, de la formación ética del ciudadano, de la educación en general de los jóvenes. Así nos vemos sumidos en una ola de pornografía, de violencia, de pansexualismo. Y todo ello avalado por una supuesta libertad que genera problemas que la sociedad no tiene capacidad de resolver. A la democracia la destruye la postura acomodaticia de aceptar pasivamente todo lo que se le impone. Muchos de nuestros males son producto de esa pasividad con la que vemos y aceptamos todo lo que nos venden como bueno, la manipulación política, la publicidad sin ética, el manejo inescrupuloso de cualquier forma de poder social. La construcción de una verdadera democracia exige la formación de una ética personal y social suficientemente difundida, aceptada y respetada por todos. Y la capacidad de todo grupo o comunidad de defender sus derechos y hacer respetar sus valores.

Una última categoría cristiana que queremos resaltar es la de la utopía. El cristianismo es la gran utopía de un nuevo hombre, una nueva sociedad, una nueva creación en Cristo Jesús. Allí radica la fuerza para estar siempre queriendo transformar la realidad para que se asemeje más al prototipo inicial. El hombre fue creado a imagen y semejanza de Dios. Hacia Él debemos tender. Por eso, utopía no es lo imposible. Sino lo posible no alcanzado. Hay que recuperar la categoría de la esperanza que nos invita a trabajar sin denuedo por esa socie-

dad mejor. Venezuela está enferma, está en crisis. Pero sus potencialidades son inmensas. Esa Venezuela que muchos soñamos da muestras de realizaciones, todavía pequeñas, pero esperanzadoras de un futuro mejor. Una de las mayores exigencias a la sociedad política es que no invada competencias que corresponden a otros niveles de vida de la sociedad.

REFLEXION FINAL

El único objetivo de las consideraciones anteriores es la de querer aportar algunos elementos de reflexión y de diálogo a un momento singular e importante de nuestra sociedad venezolana. Es necesario continuar la marcha de sus instituciones fundamentales. Es indispensable la elección de nuevas autoridades regionales y locales. Hay que buscar cómo consolidar la sociedad política desde unos parámetros inéditos pero que es urgente construir. La Iglesia Católica en nuestra Patria goza de una alta credibilidad porque lo único que quiere es servir a la

gente, a los más necesitados, a los que no tienen voz. Construimos entre todos la sociedad que anhelamos. Ustedes, señores candidatos, miembros dirigentes de los partidos y asociaciones políticas, tienen la primera responsabilidad.

Que la Virgen Inmaculada, Patrona de la Arquidiócesis de Mérida, bendiga a nuestra Arquidiócesis de Mérida, a todos sus hijos, y nos ilumine a todos, para encontrar el mejor camino para una convivencia más fraterna, más solidaria, más justa. Con mi bendición arzobispal.

Mérida, 6 de octubre de 1992.

Baltazar Enrique Porras Cárdozo
Arzobispo Metropolitano de Mérida

Pbro. Cándido Contreras
Canciller-Secretario

LOS JESUITAS ANTE LA COYUNTURA LATINOAMERICANA

Seminario Internacional César Jerez, S.J.:

"El nuevo escenario mundial y los proyectos de economía y sociedad para América Latina: Desafío para la justicia
Síntesis de reflexiones y líneas alternativas

(y II)

II. LA VOZ DE DIOS EN ESTA COYUNTURA

"Al ver a la gente, Jesús sintió compasión de ellos, porque estaban angustiados y desvalidos" (Mt 9,36).

1. *Fraternidad responsable*

Ante los efectos que las "políticas modernizadoras" están provocando en los más pobres de nuestra sociedad —incluidas las minorías empobrecidas de Estados Unidos—, resulta de enorme actualidad la experiencia ignaciana de "sentir dolor con Cristo doloroso, quebranto con Cristo quebrantado, lágrimas y pena interna".

Con toda razón la Iglesia reunida en el Concilio Vaticano II proclamó que son suyos los gozos y las esperanzas, las angustias y dolores de todo hombre, de toda raza y nación.

Porque, desde la perspectiva de la fe cristiana, la fraternidad —nacida no sólo de la sangre y de la carne, sino del llamamiento de hacernos hijos de Dios— es la meta de la historia.

La historia humana, encaminada hacia esa meta, está siempre abierta, no está predeterminada, sino confiada a nuestra libertad y nuestra acción humana. Los cambios históricos avanzan procesualmente, no con una dirección única, sino con una articulación compleja de procesos locales que buscan articularse hacia la unificación global y fraterna.

Porque Dios es Padre, todos somos hermanos, responsables uno del otro.

2. *La vida, derecho fundamental*

La esperanza de esta fraternidad nos hace renovar y reafirmar el don fundamental que Dios ha puesto en nuestro mundo y nuestro cosmos: el don de la vida. Vida del hombre dentro de vida de la tierra entera.

Para que todos y cada uno tengamos vida y vida plena, el Hijo de Dios asumió nuestra carne y nuestra condición humana. Para que esto fuera verdad en nuestra historia cotidiana, el Hijo del Hombre fue ungido por el Espíritu. Por ello Jesús de Nazaret enfrentó la muerte y entregó su propia vida.

La vida es por eso, sagrada y de valor absoluto. La vida es convivir en libertad, compartir una red de relaciones personales abiertas, horizontales y mutuales. La vida tiene un ritmo que permite amarla, fomentarla, celebrarla e incluso entregarla por los demás con esperanza. Nuestros mártires latinoamericanos lo proclaman.

Desde esta perspectiva, la defensa de las condiciones materiales de la vida es reto para todos. Porque la naturaleza es la revelación primera de Dios y fuente creativa de toda la vida, incluyendo la economía humana y el pan de cada día. La raza humana representa parte de la naturaleza y solamente se desarrolla y funciona dentro ella. Esta visión y esta defensa ecológica va creciendo entre los grupos y movimientos de indígenas, mujeres y jóvenes, sensibles a esta condición de la fraternidad humana.

Por todo esto nos sentimos impulsados a convocar a todos aquellos hombres y mujeres que defienden una vida plena a